

Tercer viaje.

El gigante de un solo ojo

Poco después de vender los diamantes del valle de las serpientes, me enamoré de una mujer sabia y hermosa con la que decidí casarme. Por entonces tenía todo lo que un hombre puede desear para ser feliz, pero el Corán¹ dice que el espíritu nos aboca a menudo hacia el abismo, y yo puedo probaros que es verdad. Lejos de conformarme con la vida que llevaba, todos los días sentía la tentación de embarcarme de nuevo, pues echaba de menos el rumor de las olas y las brisas del mar. En los dos meses siguientes a mi boda, traté por todos los medios de olvidarme de aquel deseo que tantas desventuras me había ocasionado, pero al final el espíritu de la aventura fue más fuerte que yo, así que una mañana me despedí de mi querida esposa y me puse otra vez en camino.

Por lo visto, a Alá no le agradó aquella decisión, pues en mi tercer viaje sufrí tantas desventuras como en los dos anteriores. A causa de una tormenta que se desató a los cuatro días de mi partida, el barco en que viajaba perdió de pronto el rumbo. Cuando volvió la bonanza,² lancé un suspiro de alivio, pero el rostro descompuesto del capitán me hizo comprender que aún era pronto para cantar victoria.

1 El **Corán** es el libro sagrado de los musulmanes, en el que se recogen todos los preceptos de la religión islámica.

2 **bonanza**: tiempo tranquilo, que deja la mar en calma.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunté, pero el pobre hombre ni siquiera me oyó. Con la vista clavada en el horizonte, permanecía absorto en sus pensamientos y se mordía las uñas de puro nervioso. Sin embargo, antes del mediodía supe toda la verdad. Acabábamos de descubrir el perfil de una isla en el horizonte cuando el capitán empezó de pronto a mesarse las barbas³ y a llorar como un niño.

—¿Qué os pasa? —le preguntamos, temiéndonos que se hubiera vuelto loco.

El capitán nos señaló la isla que acababa de asomar por el horizonte y nos dijo que las corrientes del mar iban a empujarnos sin remedio hacia ella.

—¿Y qué hay de malo en eso? —dije.

—Pues que en esa isla —respondió el capitán— vive una legión de monos salvajes de los que nadie ha logrado escapar con vida. En cuanto alguien se acerca a la costa, se enfurecen y lo matan sin piedad.

Un marinero con fama de valentón propuso que le plantáramos cara a los monos, pues estaba seguro de que entre todos podríamos acabar con ellos, pero el capitán replicó a voz en grito:

—¡Si les plantamos cara, nos matarán en un abrir y cerrar de ojos!

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —pregunté.

El capitán me miró con tristeza.

—Rezar, Simbad, rezar —fue todo lo que dijo.

Al poco, las corrientes nos arrastraron hasta la costa, donde echamos el ancla para que el barco se mantuviera quieto y no llamara la atención de los monos. Nuestra única esperan-

3 **mesarse las barbas**: arrancárselas en señal de desesperación.

za era que los vientos girasen pronto y nos llevaran de nuevo a alta mar antes de que aquellas fieras se percataran de nuestra presencia. Pero la suerte no quiso acompañarnos. Estaba atardeciendo cuando los monos comenzaron a subir a cubierta. Eran los bichos más espantosos que podáis imaginaros: tenían el cuerpo cubierto por un espeso pelo rojo y, aunque solo nos llegaban a la altura del pecho, sentimos tanto miedo al verlos que nadie se atrevió a dar un solo paso. En un abrir y cerrar de ojos, unos doscientos monos treparon al barco por la cuerda del ancla y se dispersaron por todas partes con asombrosa agilidad. Unos subieron a los mástiles⁴ y desgarraron las velas, otros lanzaron nuestros víveres por la borda, y los más fuertes se dedicaron a golpear la cubierta con los puños hasta hacerla pedazos. Luego, entre dos o tres royeron el cabo del ancla, lo que dejó el barco a merced de las olas. Las corrientes nos empujaron con fuerza hacia los acantilados de la isla y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, el casco del navío reventó contra las rocas. Una gran cantidad de monos murieron aplastados, lo mismo que la mayoría de mis compañeros, pero unos pocos hombres logramos salvarnos nadando hasta la orilla.

Pronto nos dimos cuenta de que las corrientes nos habían llevado a una isla que no era la de los monos, sino otra que parecía deshabitada. Al día siguiente, sin embargo, divisamos una torre desde lo alto de una loma, y enseguida nos pusimos en camino hacia allí, pues pensamos que sus habitantes no dudarían en prestarnos ayuda. Cuando llegamos al pie de la torre tras todo un día sin dejar de andar, descubrimos que el edificio formaba parte de una gran fortaleza.

4 **mástiles:** palos que sostienen las velas de los barcos.

—¿Por qué no entramos? —nos dijimos, sin sospechar ni por un instante el grave peligro que nos amenazaba.

A través de un oscuro pasillo llegamos hasta un gran salón rodeado de columnas, en cuyo centro hervía una olla de grandes dimensiones.

—Desde luego, no se puede decir que aquí pasen hambre —rió uno de mis compañeros.

Yo, en cambio, no me mostré tan confiado. Desperdigados por el suelo del salón había cientos de huesos que me llenaron de inquietud y, al mirarlos con detenimiento, sentí que un escalofrío de terror me recorría la espalda.

—¡Son huesos de seres humanos! —grité—. ¡Hay que marcharse de aquí enseguida!

Aterrados por aquel descubrimiento, mis compañeros echaron a correr, pero, antes de que pudiéramos escapar, comenzamos a oír unos grandes pasos que hacían temblar la tierra. Entonces nos ocultamos a toda prisa por los rincones del salón, y desde nuestros escondrijos vimos entrar a un gigante que nos dejó petrificados de miedo. Tenía un solo ojo en mitad de la frente, unas orejas grandes como mantas y unos dedos parecidos a troncos que podían despedazar a un hombre con una simple caricia. Cuando aquel engendro⁵ nos vio, comenzó a gruñir como si le molestase mucho encontrarnos en su casa. Sin pensarlo dos veces, echamos a correr hacia la puerta, pero el gigante había tomado la precaución de cerrarla al entrar, de modo que no había escapatoria.

Tras echarnos un vistazo rápido a todos, el monstruo fijó en mí aquel ojo enorme que llameaba como una hoguera, me atrapó por la ropa con una de sus enormes manos y me levanta-

5 **engendro**: monstruo.



tó en vilo. Estaba claro que pretendía convertirme en su cena de aquella noche, por lo que comencé a suplicarle que me soltara:

—¡Déjame vivir, por favor! —le decía.

Aunque mis ruegos no le conmovieron, el gigante acabó por arrojarme al suelo con un gesto de disgusto: había clavado su ojo en el capitán de nuestro barco, que era un hombre corpulento y entrado en carnes, y sin duda le había parecido mucho más apetitoso que yo. El pobre fue el primero de los seis compañeros a los que el gigante devoró sin piedad aquella noche.

Después de su cena, el monstruo se tumbó a dormir sobre los huesos de sus víctimas mientras nosotros buscábamos con desesperación alguna manera de escapar de su casa. Sin embargo, aún seguíamos allí cuando nuestro enemigo despertó al amanecer. Aterrorizados al pensar que íbamos a servirle también de desayuno, nos abrazamos los unos a los otros como si eso pudiera protegernos; pero el gigante ni siquiera nos miró, sino que salió por donde había venido y nos dejó a solas

en su casa. Por fortuna, en aquella ocasión no cerró la puerta, y eso nos permitió escapar a toda prisa hacia el exterior. Pero, ¿de qué nos serviría huir? En realidad, no había un solo lugar en la isla en que pudiéramos hallarnos a salvo de aquel monstruo.

—Vendrá a por nosotros en cuanto se le despierte el apetito —nos dijimos—. O nos hacemos a la mar, o ninguno de nosotros vivirá para contarlo.

Se nos ocurrió que lo mejor era dirigirnos a la playa y construirnos unas balsas con juncos. Hacia el mediodía ya habíamos concluido nuestra tarea, pero entonces el gigante sintió hambre y reapareció de pronto en la playa, atrapó a tres de mis compañeros y los devoró en un abrir y cerrar de ojos. Tras el banquete, el monstruo sintió un sueño repentino, bostezó con su boca descomunal y se tumbó a dormir sobre las balsas, con lo que echó a perder nuestro plan de huida.

—A menos que acabemos con el gigante, nunca saldremos de esta isla —les dije a mis compañeros.

—Pero, ¿qué podemos hacer? —me respondieron.

Dediqué un buen rato a pensar en el asunto, y al cabo se me ocurrió una buena idea. Cuando se la comuniqué a mis compañeros, decidieron ponerla en práctica enseguida. Mientras algunos de nosotros encendíamos una hoguera en la playa, otros regresaron a la fortaleza del gigante en busca de unos grandes hierros que habíamos visto en el salón de su castillo, y que el monstruo usaba sin duda para ensartar a sus víctimas y asarlas al fuego.

Cuando mis compañeros volvieron con los asadores, los dejamos sobre la hoguera hasta que se pusieron al rojo vivo, y entonces nos acercamos con ellos en silencio hasta el gigante, que seguía durmiendo, y se los clavamos con toda nuestra fuer-

za en su único ojo. Desesperado por el dolor, el monstruo se levantó de un salto y lanzó un gran alarido que retumbó en toda la isla. Con la intención de aplastarnos, comenzó a dar pisotones en medio de las tinieblas mientras nosotros recuperábamos las balsas y nos hacíamos a la mar.

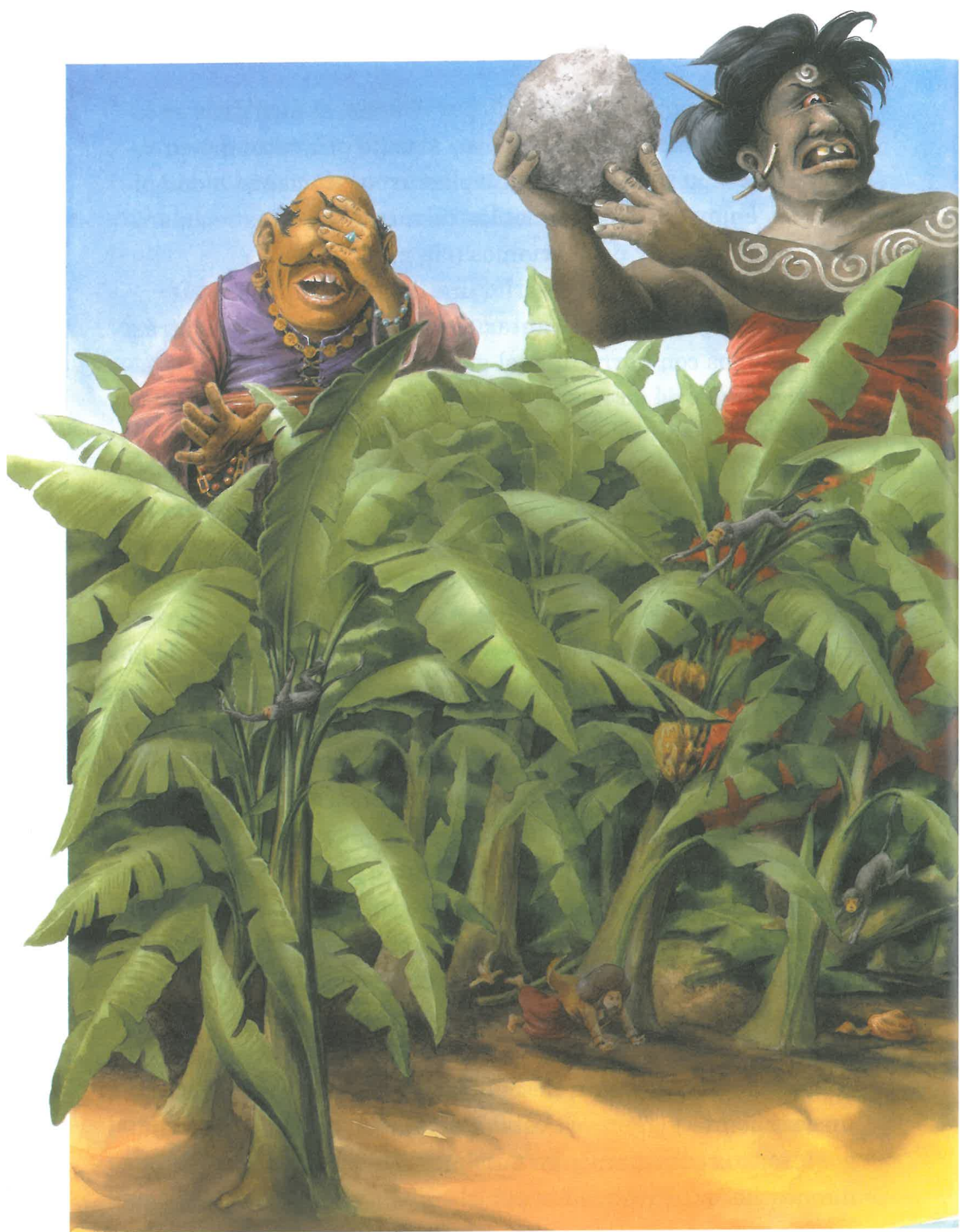
—¡Estamos salvados! —gritó uno de mis compañeros.

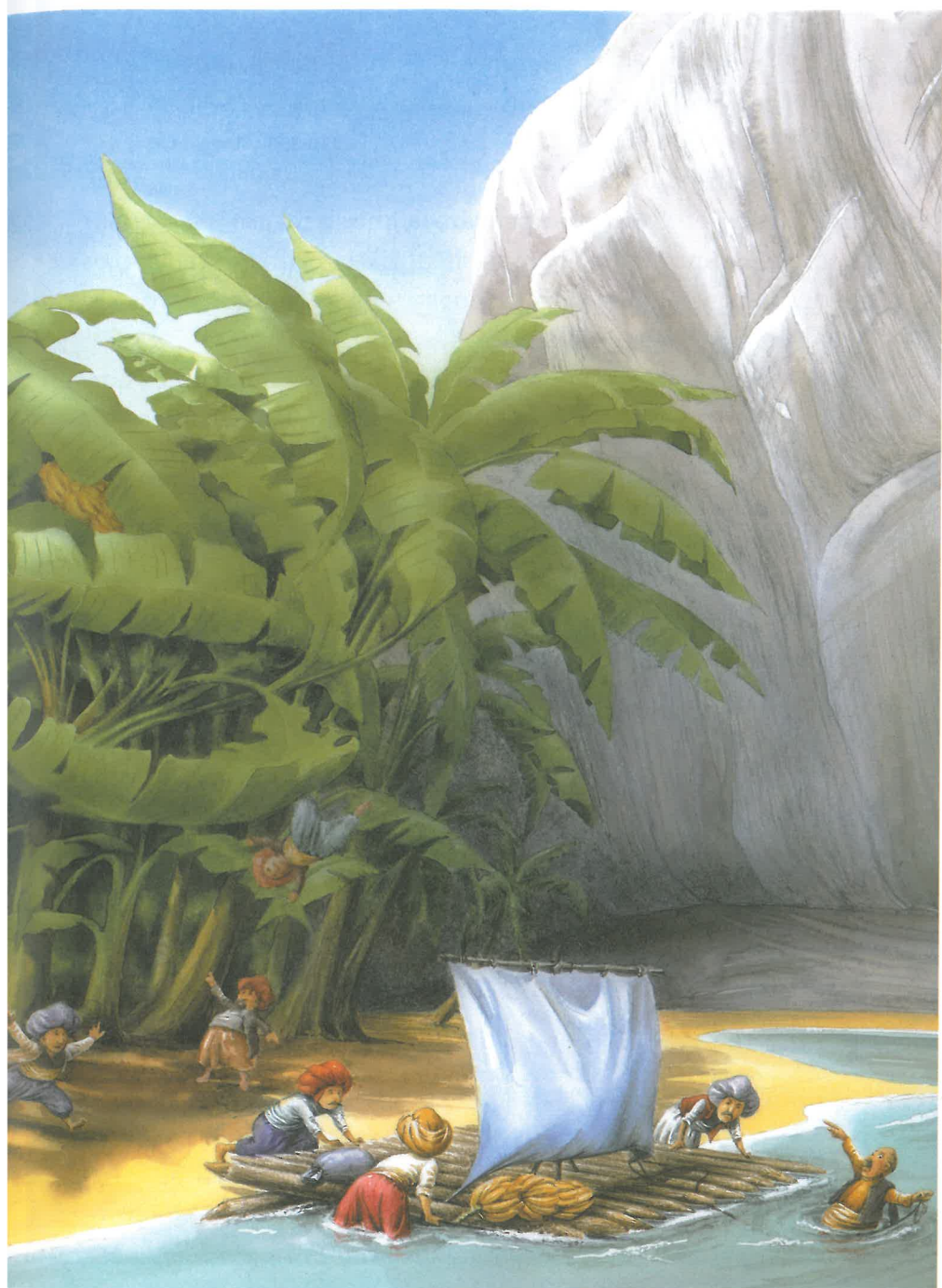
Pero era pronto para cantar victoria, pues, al mirar atrás, descubrimos con horror que el gigante no estaba solo en la isla. Una mujer de su mismo tamaño, que debía de ser su esposa, asomó por entre las copas de las palmeras babeando de rabia y lanzando unos gritos desaforados capaces de aterrar al más valiente. Por un momento creímos que se adentraría en el mar y nos aplastaría bajo su peso, pero debía de tenerle miedo al agua, pues se limitó a atacarnos desde tierra arrojándonos unas grandes rocas. Por desgracia, su buena puntería acabó por hundir todas nuestras balsas, a excepción de la que nos llevaba a mí y a otros dos compañeros.

Aquella noche, la furia de la naturaleza nos convirtió en un juguete del viento. «Vamos a naufragar», pensé. Pero al amanecer divisamos un islote poblado de árboles y logramos alcanzarlo a nado. Cuando llegamos a la playa, nos creímos a salvo de la muerte, aunque lo cierto era que nuestra pesadilla no había hecho más que comenzar. Por miedo a que en el interior de la isla hubiera fieras salvajes, decidimos pasar aquella primera noche en la misma playa, pero, apenas conciliamos el sueño, un grito aterrador nos despertó.

—¡Socorro, socorro! —decía uno de mis compañeros.

Cuando abrí los ojos, descubrí a contraluz de la luna que una serpiente gigantesca estaba tragándose a mi pobre amigo. Mi otro compañero y yo quisimos ayudarle, pero, ¿qué podíamos hacer? Paralizados por el miedo, nos convertimos en





inútiles espectadores de la muerte de un hombre, que desapareció poco a poco entre las poderosas fauces de la serpiente.

—¡Ahora vendrá a por nosotros! —exclamé.

Sin embargo, nuestra brutal enemiga se marchó sin ni siquiera mirarnos. Aun así, pensamos que lo mejor era escapar de la isla cuanto antes, pero, al llegar a la orilla, descubrimos que las olas se habían llevado nuestra balsa mar adentro.

—¡Maldita sea! —exclamé.

Alá nos sometía a una prueba difícil, pero no quisimos darnos por vencidos. A la luz de la luna, atamos unos cuantos juncos con tallos, y al amanecer ya contábamos con una nueva balsa. Nuestra intención era zarpar de inmediato, pero el mar estuvo tan revuelto durante todo aquel día que no nos atrevimos a abandonar la playa.

—Tendremos que pasar una segunda noche aquí —nos dijimos con el corazón lleno de angustia.

Eso sí, tomamos la precaución de buscar un refugio donde dormir. Como no dimos con ninguna cueva, decidimos pasar la noche en la copa del árbol más alto que encontramos, pensando que así la serpiente no daría con nosotros. Pero, apenas cerré los ojos, un grito rasgó la noche.

—¡Socorro, socorro! —oí.

La serpiente nos había descubierto, y el cuerpo de mi amigo ya desaparecía entre sus fauces.

—¡Por lo que más quieras, haz algo! —repetía mi compañero—. ¡Ayúdame, por favor! ¡No quiero morir!

Aunque intenté trazar un plan a toda prisa, sólo se me ocurrió ponerme a rezar, así que mi amigo acabó devorado y yo me quedé solo y sin esperanzas en aquella isla maldita.

Cuando la serpiente se marchó, decidí hacerme a la mar en la balsa, pero la fiereza del temporal me lo impidió. Para mi





desgracia, al día siguiente las olas aún se volvieron más altas y poderosas, lo que me obligó a permanecer en tierra. «¡Prefiero morir a vivir así!», me dije. En la isla ya no quedaba más ser humano que yo, así que la serpiente vendría a por mí en cuanto cayera la noche. «¿Qué puedo hacer?», pensé. Tras barajar un buen puñado de ideas, decidí construirme una especie de ataúd con los juncos de la balsa y meterme en él para que la serpiente no pudiera encontrarme.

Cuando salió la luna, ya me había encerrado, pero la fiera tenía buen olfato, y muy pronto consiguió dar conmigo. Como ardía en deseos de devorarme, comenzó a golpear con el hocico mi ataúd de muerto en vida para hacerlo pedazos. La caja resistió muy bien los embates, pero la serpiente no quiso renunciar a su comida, y acabó por tragarse el ataúd conmigo dentro.

«Ha llegado el final», me dije entre lágrimas, convencido de que ya nada podría librarme de la muerte.

Sin embargo, de pronto recobré la esperanza al notar que la caja se quedaba atravesada en la garganta de la serpiente, que al final no tuvo más remedio que escupirme para no morir asfixiada. «¡Gracias a Dios!», me dije entonces con el corazón lleno de alivio.



Al amanecer, salí de la caja con sigilo y vi que la serpiente ya no estaba. Por un momento me sentí feliz, pero enseguida me abrumó la tristeza, porque ¿de qué me serviría sobrevivir un día más? ¿Cuántas noches habría de pasar en vela hasta que la serpiente lograra salirse con la suya? ¿De verdad merecía la pena seguir viviendo con la amenaza de una muerte segura? Aquellas preguntas eran tan desoladoras que mi tristeza acabó por convertirse en desesperación. Sin embargo, muy pronto conseguí librarme de aquel padecimiento, porque mi cuerpo se rindió al sueño y me quedé dormido en la playa.

Recuerdo que al despertar me sentí muy aturdido, pues tenía la extraña impresión de que mi cuerpo se mecía como cuando se viaja en un barco. Me pareció una sensación absurda, pero, cuando levanté la cabeza, descubrí frente a mí el mástil de un velero. «Estoy soñando», me dije.

—¡Vaya, por fin despiertas! —oí de pronto a mis espaldas.

Al girarme, descubrí la cara de un hombre que me sonreía como un viejo amigo.

—¿Dónde estoy? —le pregunté—. ¿Quién eres?

—Estás en un barco y yo soy el capitán —me respondió—. Pero pensé que no haría falta decírtelo, porque hace mucho que nos conocemos.

No entendía nada. Hacía un momento estaba en una isla, y de repente me encontraba a bordo de un barco con un hombre que decía conocerme. El capitán advirtió mi extrañeza, y entonces se explicó:

—Hace un rato —me dijo—, hemos desembarcado en una isla para buscar agua, y uno de mis compañeros te ha encontrado dormido en la playa. Cuando te he visto, no podía creer que siguieras vivo. Pero, ¡por todas las dunas de Arabia!, ¿de verdad no te acuerdas de mí?

Aunque traté de hacer memoria, no lograba sacar nada en claro.

—Te lo repetí cientos de veces pero ya veo que no me hiciste caso —me explicó entonces el capitán—: «Simbad, Simbad», te decía, «no olvides nunca que quien busca el peligro en él perece».

De repente lo comprendí todo. Ya recordaréis que al principio de mi segundo viaje me embarqué en un velero a las órdenes de un capitán que solía advertirme contra los peligros de la mar, y que un día me quedé dormido en una isla mientras mis compañeros se embarcaban para seguir su viaje.

—Agradécele al destino que hayamos vuelto a encontrarnos —agregó el capitán—, porque viajamos de regreso a Basora. De todas formas, aún tenemos que hacer varias escalas,⁶ en las que puedes vender tus mercancías.

—¿Qué mercancías? —pregunté, muy sorprendido.

—Las que abandonaste en la bodega cuando te quedaste dormido en aquella isla.

En verdad no eran más que unas cuantas baratijas, pero logré venderlas a buen precio en los puertos donde recala-

⁶ **escala**: parada que hace un barco en un puerto durante un viaje.

mos,⁷ así que regresé a Basora con bastante dinero en el bolsillo. Cuando me despedí del capitán, el buen hombre me hizo una extraña confesión.

—Solo hay una persona a la que envidio en esta vida —me dijo—, y esa persona eres tú.

—¿Cómo puede ser eso? —pregunté extrañado.

El capitán me dio un abrazo antes de contestar:

—Por tu buena suerte, Simbad, por tu buena suerte.

⁷ **recalar**: detenerse un barco en un puerto.